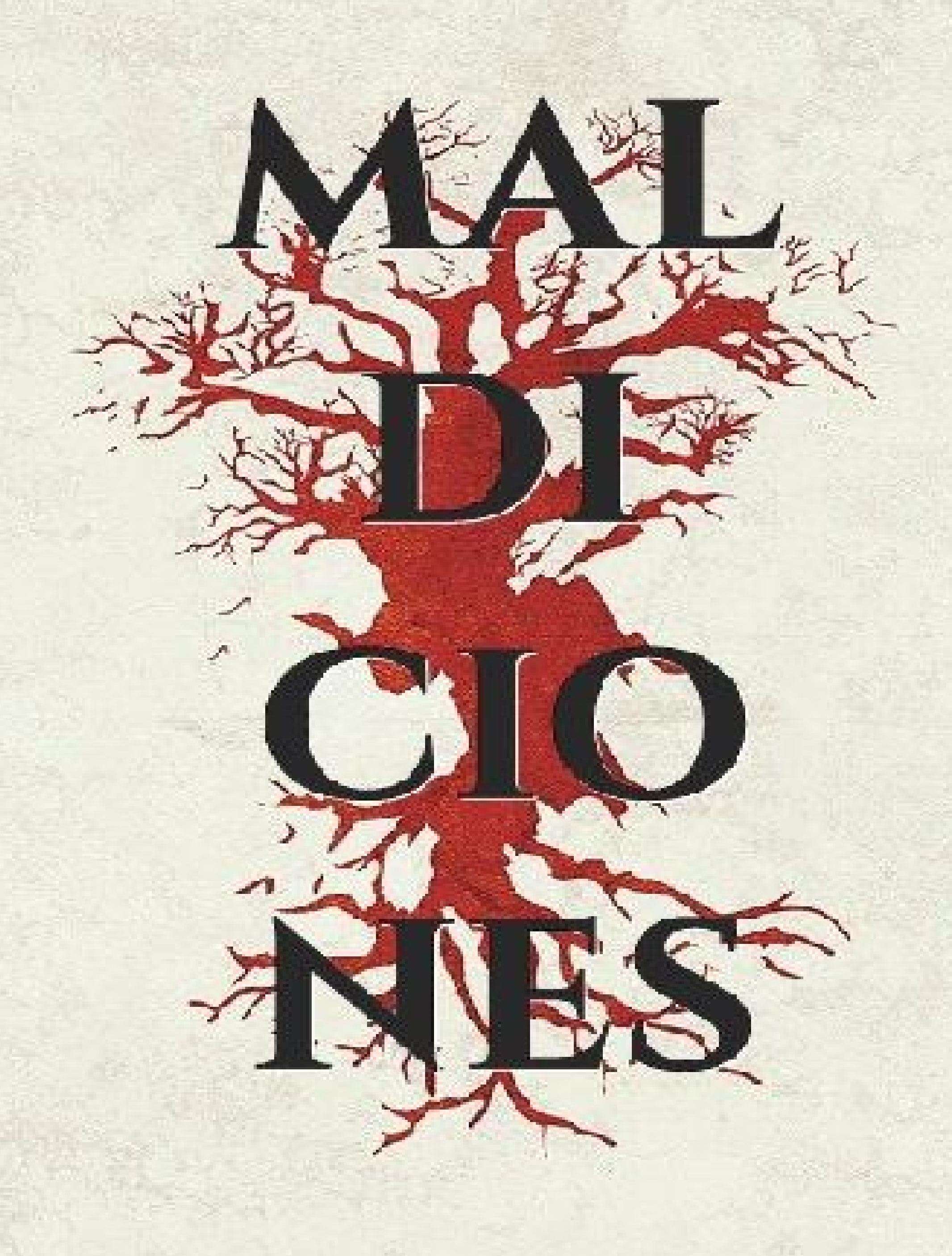


UNA COLECCION DE HISTORIAS DE TERROR

NO HAGAS EL BIEN

GRAHAM MCNEILL

NO HAGAS EL BIEN

“*No Good Deed*” por Graham McNeill



SÓLO PARA PERSONAL AUTORIZADO



Servicio de Publicaciones de los Sagrados Ordos de Su Divina

Majestad. Sólo para personal autorizado.

EN MEMORIA DE SUSANA



Encontraron al hombre abrasado en las espumosas orillas de un estanque de aguas residuales del páramo. La sirena del último turno había resonado en las fábricas cubiertas de ceniza y ya era hora de que regresaran al interior de la schola progenium. Pero la oportunidad de ver el cuerpo de alguien posiblemente muerto era demasiado tentadora como para dejarla escapar.

Strang quería robarle; Pasco pensaba que sería divertido empujarlo más dentro del lodo tóxico, para ver si flotaba. Zara quería que lo sacaran del barro, pero ella siempre era la más bondadosa de todos. Probablemente por eso Cor estaba algo enamorada de ella, aunque nunca se atrevería a decirlo en voz alta.

-Adelante- dijo Strang, dándole un codazo a Pasco en las costillas. **-Regístralo. Un tipo tan grande como ése seguro que lleva unos cuantos créditos encima.**

Pasco negó con la cabeza. **-No lo voy a tocar-** dijo.

-¿Tienes miedo?- dijoStrang, agachándose para recoger una corroída barra de acero. Pinchó el cuerpo con ella. **-¿Te crees que es un jodido carroñero infectado? ¿Qué se va a levantar y te va morder?**

-Tocar algo muerto es una estupidez- contestó Pasco. **-La hermana Caitriona dice que los cadáveres que arrojan aquí dentro están llenos de inmundicias, de enfermedades. Dice que los gusanos de la columna vertebral anidan en ellos. ¡Es algo repugnante, Strang!**

-Sí- dijo Cor, agachándose para ver más de cerca al hombre muerto. Era grande, más grande que cualquier otro que Cor hubiera visto, pero su carne estaba pálida y demacrada, como alguna vez

hubieras ido muy poderoso, pero, de alguna forma, le hubieran succionado su masa.

Tenía perforada la piel del pecho y brazos del cuerpo, con algo que parecían ser anillos de plastek saliendo de los agujeros.

-¿Qué crees que son?- preguntó Cor.

-Parecen drenajes o catéter médicos- sugirió Zara.

-¡Ves!- dijo Pasco. **-Te lo dije. Está enfermo. Parece infectado de summat, el tizón de la ceniza, o algo similar.**

-No, no le ponen drenajes médicos como esos a personas que van a morir- replicó Strang. **-La hermana Caitriona tiene dos de esos en la espalda.**

Cor asintió, aunque se preguntaba cómo Strong podría saber eso.

El cuerpo había recibido un fuerte golpe en la cabeza y una de sus piernas estaba retorcida en un ángulo que hizo que Cor se estremeciera solo con mirarlo. Miró la neblina que flotaba sobre su cabeza, a lo alto, más allá de las goteantes tuberías y de los siseantes respiradores de ventilación excavados en la sucia roca de los acantilados, hacia la silueta de las agujas de la colmena perdidas entre las sulfurosas nubes amarillentas.

¿Se habría caído aquel hombre desde alguna parte de lo alto de la colmena?

-¿Quién creéis que es?- preguntó Pasco. **-¿Un hereje que quedó atrás cuando los Puños enviaron a patadas al Ojo a los demás?**

-No lo creo- dijo Cor, arrodillándose para señalar los restos de un tatuaje de un Aquila en el hombro del cuerpo parcialmente oculta por una quemadura. **-No conoces a ningún hereje que lleve el Aquila, ¿verdad?**

Pasco se encogió de hombros.

-A este tipo le han dado una buena paliza. Parece que le ha pateado un Dreadnought.

El cadáver gimió y rodó sobre su espalda.

Cor gritó, saltó hacia atrás y se cayó de culo. Lo demás se rieron mientras se ponía en pie. Zara le ayudó a levantarse mientras el chico se limpiaba la tierra y de sus viejos y remendados pantalones.

-¡Este hijo de una rata de cloaca sigue vivo!- exclamó Cor.

-No por mucho tiempo- dijo Strang. Cor se dio cuenta de lo que a Strang le estaba pasando por la cabeza era la idea de enviar a aquel hombre a encontrarse con el Emperador con la ayuda del afilado cuchillo que guardaba en su bolsillo.

El muchacho mayor afirmaba haber apuñalado a tres personas e incluso se jactaba de haber matado a un habitante de la parte alta de la colmena que deambulaba por la zona baja y no aceptó un no por respuesta. Cor no sabía si aquello era cierto, pero Strang tenía mal carácter y no le importaba usar sus puños contra los niños más pequeños de la escuela.

-No lo hagas- dijo Cor, agarrando a Strang por el brazo.

Strang apartó la mano y le empujó. **-¡No me toques! ¡Lo voy a rajar hasta hacerlo pedazos!**

Cor retrocedió, levantando las manos. El rostro generalmente pálido de Strang estaba enrojecido, con sus furiosos ojos inyectados en sangre.

-Tranquilo, Strang.

El chico tosió y escupió un coagulo de flema oscura en la piscina.

-Ayudadme- dijo el herido, extendiendo hacia ellos un brazo mutilado y quemado. La piel de su cráneo pelado estaba cubierta de sangre, en carne viva, con fragmentos de vidrio clavados en su carne. **-Vamos…**

Zara se interpuso entre Cor y Strang.

-Vosotros dos, ya basta- dijo, separándolos con una confianza que Cor envidiaba. **-Tenemos que ayudar a este hombre.**

-¿Y por qué?- dijo Strong. **-No parece que vaya a sobrevivir, aunque podamos sacarlo de ahí a rastras. ¿Has visto el tamaño que tiene?**

-Esa no es la razón- dijo Zara, mirando a Strang con una mirada que conseguía que muchos chicos mayores que ella hicieran lo que ella quería. **-Ese tatuaje con el Aquila me dice que es una persona que necesita nuestra ayuda. Y de todas formas, ¿dónde estarías tú si la hermana Caitriona no te hubiera acogido, Orson Strang? Estarías muerto, o peor, en las minas de alguna forja del Mechanicum, allí es donde estarías. Así que no quiero oír más bobadas. Ayudaremos a ese pobre hombre, no hay más que hablar. ¿Te ha quedado claro?**

-Como el aire que se respira en la zona alta de la colmena- respondió Strang.

Cor ocultó su sonrisa mientras Strang asentía como un servidor estropeado y apartaba la mano del cuchillo.

El hombre pesaba aún más de los que parecía y necesitaron todas sus fuerzas combinadas para sacarlo del estanque. Se lo pusieron sobre sus hombros, gimiendo bajo su peso.

El hombre hizo un gesto de dolor cuando su pierna chocó contra un trozo de tubería y volvió hacia Cor unos ojos que reflejaban un tremendo dolor.

Eran unos ojos oscuros y sin fondo, como un charco de aceite limpio, que sobresalían de un cráneo increíblemente arrugado, acuosos por la edad y cubiertos de cataratas. Su aliento apestaba y su piel olía como los conductos de ventilación que rodeaban el crematorio.

Strang tenía razón; lo más probable era que aquel tipo no siguiera en este mundo durante mucho tiempo más.

-Oye, viejo, ¿cómo te llamas?- preguntó.

El hombre se hundió entre ellos, parpadeando confundido, como ti tratara de extraer un recuerdo de un abismo imposiblemente profundo y oscuro.

-No… no me acuerdo- dijo.



Cuando el Departamento Minotorum construyó la Schola Progenium Saint Karesine en la parte baja de la agro-colmena Osleon, fue concebida como una institución dedicada a la formación de nuevas generaciones de oficiales para la Guardia Imperial. Lleno de los huérfanos que dejó atrás la Primera Rebelión Ecuatorial, había sido un imponente edificio lleno de columnas de hierro, mosaicos con frescos dedicados a los héroes de las primeras cruzadas imperiales y amplias escaleras que conducían a un gran pórtico.

Más de doscientos huérfanos de aquella guerra se habían criado dentro de sus muros, muchos de los cuales habían pasado a liderar los regimientos traidores durante la Segunda Rebelión Ecuatorial, arruinando para su siempre su reputación y manchando el heroísmo de posteriores alumnos.

En los tres siglos transcurridos desde entonces, la suerte de la institución había ido disminuyendo a medida que las cruzadas en los sectores adyacentes cambiaron de dirección y su mala reputación se asentó en sus muros como una maldición. Al final, la nobleza de la parte superior de la colmena y los comisarios del Officio Prefectus

decidieron finalmente que ya habían perdido el suficiente tiempo y esfuerzos en su mantenimiento y que los hijos e hijas de la Guardia Imperial estarían mejor atendidos en otras instituciones imperiales.

A medida que la colmena crecía y disminuía la afluencia de huérfanos, la Schola Progenium se convirtió en una especie de broma entre los habitantes de la colmena y los jóvenes de Osleon. Su techo, otrora poderoso, estaba repleto de goteras, los dormitorios del sótano estaban parcialmente inundados por las nocivas aguas residuales y las tuberías que se suponía que deberían bombear aire caliente a sus muchas habitaciones, ahora solo esparcían un humo que olía como la entrepierna de un ogrete.

Según el último recuento, sólo treinta y tres huérfanos dormían regularmente en Saint Karesine.



Cor y los demás irrumpieron por la puerta principal de Saint Karesine, dispersando a una bandada de niños pequeños que sacaban clavos de las combadas tablas del suelo. El viejo no había dicho nada que tuviera sentido desde que lo habían sacado del estanque, sólo un galimatías sobre alguien llamado Nesh, un nombre que Cor no había oído en toda su vida.

Tal vez fuera el que lo atacó.

-¡Hermana Caitriona!- gritó Zara. **-¡Necesitamos su ayuda!**

Las puertas de la sala de oración se abrieron sobre sus oxidadas bisagras y la señora de la Schola Saint Karesine salió limpiándose una mano en sus sucios ropajes. Con la otra mano aferraba la vaina

de cuero de una larga espada-sierra que no llevaba décadas sin albergar una cédula de energía.

-¿Qué es todo este escándalo?- exigió. **-¡No quiero más gritos aquí!**

La hermana Caitriona se alzó sobre los niños a su cargo. Era una mujer de piel oscura, vestida con las túnicas sueltas de la Orden Hospitalaria, con un brazo augmetico que, según ella, y dependiendo del momento, había perdido gracias a la cuchilla de un orko, o a de un monstruo tiránido.

Llevaba el pelo extremadamente corto y, pese a su severo aspecto, Cor pensaba que era la mujer más hermosa que había visto jamás. Aparte de Zara, por supuesto.

La hermana Caitriona se había quedado en la Schola cuando las arcas se secaron y el resto del personal se había marchado, en busca de trabajos mejor remunerados. La hermana se echó un vistazo a al hombre herido y dio una orden.

-Strang, Pasco, llevadlo al dormitorio de atrás.

Cor soltó al viejo de su hombro, aliviado de haberse librado de su peso y de su hedor. Comenzó a seguir a los demás, pero la hermana Caitriona lo detuvo poniéndole una suave mano sobre su hombro.

-Corvus- dijo la hermana. **-Espera aquí, tengo algo que decirte.**

La mujer se arrodilló junto al muchacho con una mueca de dolor y el crujido de sus articulaciones.

-Se trata de tu hermano- dijo la hermana Caitriona. Cor sintió como una mano gélida le atenazaba el corazón.

-¿Nicodemus? Él…

-Lo siento, Cor, pero la plaga…

-No diga más- dijo Cor. **-Usted solo pone ese tipo de voz cuando alguien muere.**



El dormitorio de atrás estaba tranquilo, la mayor parte de sus ocupantes dormían.

Desde que se había derrumbado el techo de lo que había sido la enfermería, la hermana Caitriona usaba este largo cuarto con techos altos como improvisado lazareto. Una docena de las camas estaban ocupadas con niños con tos seca o cualquier otra de las numerosas enfermedades que acechaban en la zona baja de la colmena.

Cor se sentó en un taburete junto a la cama de Nicodemus, con la cabeza agachada. Las lágrimas y los mocos le cubrían los labios como una película grasienta que, de vez en cuando, se limpiaba con la manga. Cor aferraba la mano de su hermano muerto y aún le resultaba imposible imaginar que ya se había ido.

Nicodemus era tres años mayor que Cor, con la constitución de un Adeptus Astartes y el doble de mala leche. Había cuidado de Cor desde que sus padres, un capitán y una erudita del Strategos, habían muerto cuando su lanzadera Aquila se estrelló contra una montaña de escoria.

Su hermano mayor le había arrancado tres dientes a Big Augie por robarle a Cor su ración de agua y se fue a por unos nobles de zona alta de la colmena que pensaron que era divertido tirar piedras a Cor y a sus amigos mientras paseaban cerca de los elevadores exteriores.

Y ahora se había ido. El tizón de la ceniza había podrido los pulmones de Nicodemus y había deteriorada rápidamente el resto de su cuerpo, su piel había perdido el poco color que tenía y sus ojos se llenaron de un líquido negruzco. Todos los días, una tos seca le hacía retorcerse hasta que vomitaba sangre sobre las sábanas. Los antisépticos no sirvieron para nada, ni tampoco el resto de las medicinas que Sor Caitriona había logrado obtener de su Orden.

Durante los últimos días, Nicodemus había recuperado algo de fuerza y había sido capaz de comer sin vomitarlo un poco de pan y de sopa. Cor había oído hablar de gente que se recuperaba de la plaga y su corazón se disparó ante la posibilidad de que su hermano venciera a la enfermedad como había vencido a todo lo demás durante su vida.

Ahora, estaba muerto y Cor se había quedado completamente solo.

Rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño juguete mecánico que le había regalado una niña muy guapa el día que murieron sus padres. Un pequeña bailarina de cuerda, que él había atesorado durante años, pero que ahora sólo quería hacerla pedazos. Unas lágrimas corrieron por sus mejillas, pero en lugar de romper la bailarina, la colocó en la palma de Nicodemus y cerró sus fríos dedos sobre el cálido metal.

-Quédatela tú. Espero que baile para ti cuando estés al lado del Emperador.

-¿Era tu hermano?

Cor cubrió la bailarina con las sucias sábanas y se giró aún sentado en el taburete. El viejo que habían llevado a la Schola estaba despierto. Había perdido el conocimiento casi en cuanto Strang y Pasco lo acostaron, mientras la hermana Caitriona les advertía que era posible que no volviera a despertar. Zara había limpiado la sangre de la herida de su cabeza y la hermana la había cosido antes vendar la cabeza sin pelo del hombre con vendajes limpios.

-Sí, así es.

-El… ¿Cómo lo llamaste? ¿La plaga?

Cor asintió y el viejo dejó escapar un ronco suspiro.

-Te presento mis condolecías. A lo largo de los años, he visto sucumbir a mucha gente por todo tipo de enfermedades. Nunca es fácil

Cor quería decirle al viejo que se callara, que dejara de hablar, pero la hermana Caitriona le había educado mejor que todo eso. Aquel hombre era un huésped de la casa, y los huéspedes debían ser siempre tratados con cortesía.

-Ojalá no hubiera muerto- dijo Cor, odiándose a sí mismo por el infantilismo de sus palabras, mientras las lágrimas volvían a correr por sus mejillas. **-Me gustaría que volviera. Le echo mucho de menos.**

El anciano sacó las piernas de la cama. Cor quedó impresionado por lo musculosas y fuertes que eran. Le pareció que la pierna que había sido retorcida estar amoratada e hinchada en su articulación, pero no parecía dolerle mucho. El hombre se levantó y le entregó un pañuelo de una tela muy suave.

-Toma, límpiate la cara- le dijo.

Cor se secó las lágrimas y le devolvió el pañuelo al viejo, que lo dobló cuidadosamente y lo guardó debajo de su gastada almohada.

-¿Cómo te llamas, muchacho?- preguntó el viejo.

-Cor. Me llamo Cor.

-¿Es la abreviatura de algo?

-De Corvus. La hermana me dijo que había sido un hombre muy importante en la historia.

El viejo asintió. **-Era uno de los primarcas del Emperador. Un héroe, dicen. ¿Tus padres no te enseñaron historia?**

-No me acuerdo- dijo Cor, encogiéndose de hombros, **-murieron cuando yo era muy pequeño.**

-Ah, bueno, uno siempre debe prestar atención a la historia. Aquellos que no lo hacen solo logran repetir los errores del pasado- dijo el viejo, alargando una mano para palparse la herida en su cuero cabelludo.

Cuando retiró sus dedos, estaban cubiertos de sangre.

-¿Te duele?- preguntó Cor.

-No- contestó el viejo. **-Y supongo que debería, pero no siento nada. ¿Crees eso es buena o mala señal?**

-No lo sé.

-Debería ser mala señal- dijo el viejo. **-El dolor debe ser bienvenido, nos mantiene vivos y nos enseña valiosas lecciones. Nos dice que, la próxima vez que intentemos cometer alguna imprudencia, no seamos tan estúpidos.**

El anciano se giró para ver la sala en la que se encontraba.

-Dime, muchacho, ¿dónde estoy? No reconozco este lugar.

-Estás en Saint Karesine- contestó Cor, secándose de nuevo los ojos.

-¿Una Schola Progenium?

Cor asintió.

-¿Cómo he llegado hasta aquí?

-Los chicos y yo te encontramos a la orilla de uno de los estanques de los desagües del sumidero. Parecía que te habían atacado, o que te habías caído desde lo alto de una de las torres.

-¿Cómo si me hubiera caído?

-Sí, tal vez desde uno de los niveles de comercio.

-Curioso- dijo el viejo.

-Oye, ¿ya recuerdas tu nombre?

El viejo se quedó pensativo durante un momento, frunciendo el seño mientras se mordisqueaba el labio inferior.

-Me temo que no- dijo, negando con la cabeza. **-Pero confió que lo recordaré, con algo más de tiempo.**

-Bueno, ¿y cómo te llamamos hasta entonces?

-Te propongo algo, chico, ¿por qué no eliges tú un nombre hasta que recuerde el mío?

Cor se sorbió los mocos, se limpió la cara con la manga y sonrió.

-¿Qué tal Oskyr?

-¿Oskyr?

-Era el nombre de un halcón de acantilado que tenía cuando era un crío. Era mi amigo, hasta que un día me pico y se marchó volando.

El viejo se rió, un sonido débil y estridente, pero genuino. Asintió con la cabeza.

-Oskyr. Sí, ese servirá.

El viejo se puso en pie, cargando su peso en su pierna magullada e hinchada, para probar su resistencia. La pierna soportó su peso y aquello pareció satisfacerle. Cuando se irguió en toda su estatura, Cor se sorprendió de lo alto que era.

El viejo se alisó el largo camisón y se aclaró la garganta.

-¿Los niños de la habitación? ¿Todos padecen la plaga?

-La mayoría de ellos, sí.

-Entonces tendremos que ponernos a trabajar- dijo Oskyr. **-Dime, Cor, ¿hay algún tipo de suministros médicos en el edificio?**

Cor se encogió de hombros. **-No lo sé. Tal vez la hermana Caitriona tenga algunos. Pero no serán muchos.**

-¡Entonces debes preguntarla, muchacho! ¡Necesitaremos suministros si queremos sanar esas almas!- gritó Oskyr, mostrando una inesperada energía. **-No permitiré que toda la amabilidad que la hermana Caitriona y tú me habéis demostrado quede sin recompensa.**

-¿Eres médico?- preguntó Cor. **-¿Puedes curarlos?**

Oskyr sonrió y asintió bruscamente.

-Creo que poseo algunas habilidades en ese tema- dijo.



Cor y Oskyr se pusieron inmediatamente manos a la obra.

La hermana Caitriona se había mostrado escéptica al principio, pero cuando el viejo esbozó su plan para el tratamiento de los niños enfermos, permitió de mala gana que Oskyr se quedara.

Nunca habían tenido el dinero suficiente para mantener el adecuado personal médico entre el personal, por lo que la oportunidad que brindaba la presencia de Oskyr era demasiado buena como para renunciar a ella. Los niños se pusieron a trabajar, barriendo el dormitorio trasero, calentándolo con braseros de hierro. Las mantas y las sábanas se lavaron con agua hirviendo y Oskyr preparó una lista de los suministros que necesitarían.

Siempre que se discutía sobre los suministros, la hermana Caitriona se excusaba y abandonaba la habitación, alegando que no quería saber los detalles de cómo planteaban obtener todo lo que necesitaban.

Con el paso de los días y las semanas, la salud de Oskyr mejoró notablemente, aunque su memoria continuaba nublada y no recordaba absolutamente nada de cómo había parar, herido y cubierto de sangre, al estanque del sumidero.

Cor y Zara salieron juntos, aferrándose a los montantes exteriores de los ascensores para llegar a los niveles superiores de la colmena y balanceándose entre los tirantes de los puentes para llegar a los acristalados niveles comerciales. Las celebraciones de la victoria tras del derrota del archienemigo en Providencia de Gandor estaban llegando a su fin y la agri-colmena Osleon estaba sufriendo una resaca colectiva.

Los comerciantes estaban cansados, descuidados, pero el robo de sus productos seguía siendo un trabajo peligroso y los guardias de la colmena permanecían vigilantes. Todo los distritos de las zonas altas sabían que debían estar atentos a los golfillos de los barrios bajo, y los vendedores se mostraban especialmente cautelosos cuando veían un rostro que no conocía el sol. Los niños trabajaban por parejas, uno distraía al vendedor mientras el otro se lanzaba a robar lo que necesitaban.

Strang y Pasco asaltaron los almacenes del Mechanicus en los niveles de la forja y se llevaron tubos de goma, vasos y frascos de vidrio, crisoles, morteros, balanzas y un montón más de objetos cuyo propósito era todo un misterio para ellos. Otros se hicieron con multitud de ingredientes y componentes de otras fuentes, muchos de los cuales parecían no encajar para nada en la noción de curación. Durante cinco días, los alumnos del Saint Karesine robaron una pequeña fortuna en equipos e ingredientes.

Entonces comenzó el verdadero trabajo.



Saint Karesine se llenó de una frenética actividad, con una especie de enfermería completamente equipada instalada en una sección del sótano que aún no estaba completamente inundada. Los fluidos de burbujeantes tanques pasaban a través de varios metros de tuberías y filtros, goteaba en decantadores esféricos y hervido de nuevo antes de ser mezclado con polvos, tinturas y acres productos químicos. La Schola Progenium se llenó de dulces vapores que aclaraban las gargantas y mantenían a raya las ocasionales propagaciones de algas que eran expulsadas hacia el mundo exterior.

Cor actuaba como asistente de Oskyr, mezclando en frascos líquidos y polvos de extraños colores triturados previamente en los morteros. Trabajaba incansablemente día y noche y a menudo, era el propio anciano quien llevaba a Cor hasta su cama en el dormitorio de la planta superior donde lo acostaba con un autentico afecto paternal y lo dejaba descansar.

El mismo Oskyr era aún más incansable en sus investigaciones, trabajando hora tras hora para encontrar el equilibrio perfecto en los medicamentos. En aquellos momentos, Oskyr, o Papa Oskyr como ahora le conocían, formaba parte del Saint Karesine como la hermana Caitriona.

El progreso fue lento, pero en el transcurso de unas pocas semanas, los niños del dormitorio de atrás comenzaron a responder a los tratamientos de Papa Oskyr. Primero de uno en uno, o de dos en dos, luego en un número cada vez mayor, comenzaron a curarse hasta que, a finales de mes, el último niño fue dado de alta.

Finalmente, la Schola Progenium dejó de parecer un mal chiste.



Cor se despertó una mañana con el débil brillo de la luz reflejándose en la parte inferior de las tuberías que se veían a través del agrietado cristal de la ventana. Le dolía la cabeza y se sentó en la cama con un gemido. El dormitorio estaba desierto, todas las camas, excepto la suya y la de Zara, estaban vacías y ya sin sábanas. Zara se sentó en la cama de enfrente, masajeándose la nariz entre su dedo pulgar e índice.

-Buenos días- dijo Cor, con la lengua pastosa y con sus pensamientos moviéndose muy lentamente, como entre una espesa niebla.

-¿Ya es de día?- dijo ella, parpadeando y frotándose los ojos con las palmas de sus manos. **-No me había dado cuenta.**

-Creo que veo luz- dijo Cor, limpiando un poco de la mugre que manchaba la ventana y asomándose.

Ella asintió con la cabeza. **-Maldita sea, que calor hace aquí.**

Cor se inclinó y alargó su mano hacia la rejilla metálica de ventilación situada junto a su cama. El aire caliente salía suavemente desde la rejilla, enfermizamente dulzón y curiosamente fragante. Cor tosió y escupió un coagulo de gomosa saliva en el orinal que había junto a su cama.

-Creo que anoche pasé demasiado tiempo con los productos químicos- dijo.

-Yo también- dijo Zara, limpiándose el sudor de la frente.

-¿Hicimos algo?

-No, al menos eso creo.

-¿Recordaríamos si lo hubiéramos hecho?

Zara se encogió de hombros y bostezó. **-¿Sabes dónde está Pasco?**

Cor negó con la cabeza y miró por la ventana. Las nubes se separaron por un breve segundo y pensó que alcanzaba a ver el cielo entre la neblina. Sonrió al ver como la luz llegaba hasta allí, hasta las profundidades.

-No lo he visto- dijo. **-Puede que haya salido con Strang y Hetta. Tal vez Oskyr los haya enviado a buscar algunos productos más.**

-Creo que les oí volver.

Apoyándose contra la estructura de hierro, Zara se levantó de la cama. Cor la ofreció su brazo y ambos se dirigieron hacia la puerta. Cor se sentía extrañamente mareado, agotado por todos aquellos días subiendo y bajando desde lo alto de la colmena para conseguir materiales.

Cuando todo esto terminara, se sentía capaz de dormir durante años enteros.

Llegaron hasta las escaleras y bajaron cautelosamente hacia el pasillo del piso de abajo. A mitad de camino, Cor sintió que allí faltaba algo.

-¿Puedes oír algo?- preguntó.

-No.

-¿Recuerdas haber visto este lugar así de tranquilo?- preguntó Cor.

Zara hizo una mueca, como si la hubieran pedido que describiera el funcionamiento interno de un motor de la disformidad. Se dio por vencida y se encogió de hombros, usando la pared para apoyarse

mientras daba los últimos pasos hacia la planta baja. Se dio vuelta y gritó cuando vio algo que Cor aún no podía ver.

Corrió tras Zara y le llevó más tiempo del que debería procesar la imagen que se vio ante él. Una nube de vapor verdoso se deslizaba sobre el suelo del pasillo, de un nocivo verde amarillento, tan apestoso que Cor tuvo que cubrirse la boca. Vio a la hermana Caitriona caída de rodillas, con la cabeza apoyada en suelo sobre un charco de sangre. Zara se derrumbó, mirando horrorizada la espeluznante visión.

-¡Hermana!- gritó Cor, mientras la niebla que envolvía sus pensamientos se disipaba tan rápidamente como la bruma de la mañana. Corrió hacia la hermana Caitriona y levantó por los hombros, tratando de despertarla.

-¿Qué ha pasado? ¿Dónde están todos?

La parte de la frente de la hermana Caitriona que había golpeado contra el suelo estaba cubierta de sangre y tenía los ojos en blanco. Unos delgados hilillos de saliva verdosa caían desde los laxos labios de su boca abierta. Cor vio que las tablas de suelo en los que había estado apoyando la cabeza estaban astilladas. Cor intentó encontrar algún sentido a todo lo que estaba viendo, pero la única conclusión a la que pudo llegar fue un ataque de locura.

-Parece como si se lo hubiera hecho ella misma.

-¿Qué?- dijo Zara, llevándose las manos a la cara. **-¿Por qué haría eso? No tiene ningún sentido.**

-Nada de esto lo tiene- dijo Cor, meciendo el cuerpo de la hermana Caitriana entre sus brazos mientras sentía que su mundo volvía a derrumbarse a su alrededor.

El sonido del metal arañando la pared le hizo volver la cabeza.

-¡Cuidado!- gritó Zara.

Cor se lanzó hacia un lado cuando una forma corpulenta salió por la puerta del sótano. Sintió un fuego abrasador quemándole el hombre, seguido por una húmeda y cálida sensación derramándose sobre su pecho. Se puso en pie justo a tiempo de ver a Strang dirigiéndose hacia él con su afilada navaja en la mano. Toda la hoja estaba cubierta de sangre.

-¿Strang? ¿Qué estás haciendo?- gritó Cor.

-¡Te mataré!- gritó el chico mayor, con los ojos muy abiertos y una baba verde amarillenta cubriéndole los labios.

-¡No, espera!- gritó Cor, pero Strong no le escuchaba.

Strang se lanzó contra Cor, agitando salvajemente su navaja. Cor se agachó y lanzó un puñetazo con su brazo bueno. Más por suerte que por intención, el puñetazo impactó contra el mentón de Strang y le hizo caer de espaldas. Una oleada de dolor corrió a través del brazo de Cor, probablemente se habría roto varios dedos, Strang tenía una mandíbula de hierro.

-¡Tengo que matarte!- gritó Strong, apretando sus puños contra sus sienes, sangrando al cortarse con la navaja. **-¡Son los gusanos de mi cabeza! ¡Es la única forma de sacarlos! ¡Me están comiendo, me están comiendo! ¡Quieren tus ojos, Cor! ¡Son tan bonitos, tan jugosos!**

-¡Strang, por favor! ¿De qué estás hablando?

El chico mayor se lanzó de nuevo contra Cor, y aquella vez no pudo esquivarlo. Strang era demasiado fuerte, demasiado rápido y lanzó a Strang contra el suelo. La navaja volvió a clavarse de en su hombro herido y él gritó de agonía. Intentó dar un puñetazo para quitarse de encima a su atacante, pero Strang le inmovilizó con el brazo.

-¡Los gusanos, Cor! ¡Quieren comerse tus ojos!

Strang levantó su navaja, preparado para clavarla en el pecho de Cor. Escuchó un ronco rugido cerca de ellos. Cor gritó, pero la hoja

nunca cayó.

Miró hacia arriba y vio a un sorprendido Strang mirando atónito los vibrantes dientes de una espada-sierra sobresaliendo por su pecho. La sangre goteaba por oxidado borde. La hoja se rompió y Strang rodó a un lado con un gorgoteante suspiro.

-Pero los gusanos siguen teniendo hambre… - logró decir Strang, antes de que la vida abandonara sus ojos.

Cor vio a Zara de pie junto a Strang, con la espada-sierra de la hermana Caitriona aferrada entre sus manos. La joven respiraba con dificultad y miraba el arma que sostenía. La poca energía que aún tenía el arma se había agotado y Zara dejó que escapara de entre sus dedos con un grito de horror. La vieja espada-sierra chocó contra el entarimado de madera.

-Lo he matado, lo he matado- sollozó Zara.

Cor trató de levantarse, pero lo más que consiguió es erguirse sobre un codo. Una espesa niebla manaba desde el sótano, Cor tosió e inmediatamente hizo una mueca de dolor cuando la herida de su hombro le provocó un latigazo de agonía que sacudió toda su columna vertebral.

-Tenías que hacerlo- dijo entre dientes. **-Iba a matarnos.**

-No, no, no… esto no puede estar pasando- dijo Zara, negando con la cabeza. **-¿Qué está pasando, Cor?**

Antes de que el muchacho pudiera contestar, una forma borrosa salió de entre la niebla detrás de Zara. Cor gritó una advertencia, pero ya era demasiado tarde. Alta y fuerte, pero al mismo tiempo delgada y fibrosa, la figura rodeó con un brazo el pecho de Zara y le puso el otro sobre la cara. La boquilla de bronce de un respirador con una gruesa gasa de la que goteaban productos químicos cubrió la boca y nariz de la joven.

La joven luchó brevemente, pero el producto de la máscara superó rápidamente su capacidad de resistencia. Se desplomó contra la

figura, que dejó caer el cuerpo inerte en el suelo.

-Nunca dejan de sorprenderla las diferentes reacciones a los productos químicos- dijo Papa Oskyr, mirando a Strang y a la hermana Caitriona. **-Por supuesto, siempre hay algunas personas que son más resistentes a los soporíferos y, dada su natural inmunidad a la plaga, debería habérseme ocurrido que no sucumbiría. Qué descuidado me estoy volviendo, creo que es culpa del golpe en la cabeza.**

Oskyr se agachó y Cor se estremeció cuando una aguja perforó la carne de su brazo. Gritó mientras Papa Oskyr lo levantaba del suelo y se lo cargaba sobre el hombro. Incluso aturdido y perdiendo sangre, Cor se sorprendió al sentir la tremenda fuerza del viejo.

-¿Quién…?- preguntó Cor. **-¿Quién eres tú?**

-Soy Papa Oskyr- dijo claramente el viejo mientras se inclinaba para agarrar a Zara por el pelo y arrastrarla. Los llevó a ambos hasta el dormitorio trasero, allí soltó a Cor sobre una cama y dejó a Zara en el suelo, al lado del muchacho. Cor intentó levantarse, pero lo que Papa Oskyr le había inyectado hacía que sus miembros le pesaran como si fueran de plomo.

Todo lo que podía hacer era girar la cabeza.

Todas las camas del dormitorio de atrás estaban ocupadas por cuerpos con las mejillas hundidas y sin color, con sus ojos abiertos y vacíos de cualquier signo de vida. Una masa de tubos retorcidos de goma corría desde cada una de las camas hacia un par de enormes cilindros que parecían formar parte de lo que parecía ser un improvisado equipo de respiración química. Un viscoso fluido verdoso se arremolinaba en los tanques y los medidores de presión con bordes de latón ya estaban al rojo, indicando que ya estaban llenos.

-¿Por qué has hecho esto?- preguntó Cor. **-Los habías curado a todos…**

-Bueno, por supuesto que los he curado- dijo Papa Oskyr. **-¿De qué me puede servir la gente enferma? Sólo los especímenes sanos y en buen estado físico podían proporcionarme lo que necesito para restaurar mi fisiología y mi memoria.**

Papa Oskyr se dirigió hacia los tanques de respiración y revisó los medidores. Satisfecho por lo que vio, desenganchó los tubos y se echó los tanques a la espalda. Colocó los tubos en una máscara respiratoria y se la colocó sobre la mitad inferior de su rostro, dejando solo sus ojos al descubierto Los ojos que ahora estaba viendo Cor eran tan fríos como el pedernal.

-Ha sido muy entretenido estar aquí, y tienes toda mi gratitud por proporcionarme un lugar en el que esconderme de las patrullas imperiales de limpieza mientras me curaba, pero, por desgracia, como todas las cosas buenas, esta ha llegado a su fin y tengo mucho que hacer.

-Pero… tú llevas el Aquila… - dijo Cor, levantando una temblorosa y casi paralizada mano para señalar el hombro de Papa Oskyr.

El hombre miró hacia abajo, a la carne rosada de su hombro y al tatuaje del águila bicéfala que tenía en ella.

-Ah, sí- dijo. **-¿No te dije que la historia es muy importante? Verás, Cor, este águila es especial. Es el Aquila Palatina. A mi legión se le concedió el honor de llevar este símbolo por haber salvado la vida al Emperador durante la Traición de Proximan. Mirándolo con perspectiva, aquello fue una estupidez, pero entonces no podíamos saberlo.**

Papa Oskyr atravesó el dormitorio, se acercó a Cor y se puso en cuclillas junto a él. Metió una mano en el bolsillo de un impermeable tan enorme que parecían tres impermeables cosidos y sacó una pequeña bailarina mecánica, la que Cor había puesto en la mano de su hermano. El viejo cerró los entumecidos dedos de Cor sobre el juguete y puso su otra mano sobre el corazón del muchacho. Inclinando la cabeza hacia un lado, escuchó.

-Tu corazón revolotea como un pajarillo, muchacho, sólo quiere volar en libertad- dijo Papa Oskyr mientras rebuscaba algo en otro de los bolsillos de su abrigo. Cor trató de hablar, pero no logró decir nada.

Por el rabillo del ojo vio brillar algo metálico y afilado.

-Esto te va a doler- le advirtió Papa Oskyr.



Brillantes llamaradas de promethium ardían en la Schola Progenium Saint Karesine mientras Papa Oskyr con el ágil vigor de un joven por las escaleras de su gran pórtico.

No sólo había recuperado su forma física, también su memoria.

Su nombre no era Oskyr, sino Scaeva y pertenecía al linaje del primarca Fulgrim, Señor de los Hijos del Emperador. Hacía mucho tiempo que había servido como apotecario y, en cierto sentido, todavía lo era, aunque ahora era un pálido maestro que exploraba las profundidades de las sensaciones que podía sentir la carne post-humana.

Scaeva se detuvo al pie de las escaleras y observó cómo una multitud de habitantes del sumidero se reunían para observar el creciente infierno.

A los ciudadanos imperiales les gustaban las novedades, e incluso las escenas más macabras atraían multitudes. Pero no podía quedarse, no cuanto tenía tanto trabajo por hacer.

Luchar al lado de los Sabuesos de Hellbreed durante su fallida invasión había sido un terrible paso en falso, además, ya era

demasiado tarde para buscar carne que tuviera algún interés para las operaciones de su señor. Una escuadra de Adeptus Astartes leales le había acorralado y herido antes de ser lanzado desde los niveles más altos de la colmena por un vengativo Puño Imperial.

Cayó desde más de un kilómetro, chocando contra azoteas, tuberías y chimeneas. Una caída así habría matado casi a cualquiera, pero su señor elevado la carne y sus huesos de su cuerpo más allá de los mortales, a algo parecido a la divinidad. Una simple caída no era suficiente para acabar con él.

¿Cuánto tiempo habría estado en el estanque?

Probablemente meses, mantenido con vida sólo gracias a su que fisiología inhumana había entrado en hibernación y canibalizado su propia carne para sobrevivir.

A juzgar por el estado de su huesudo cuerpo y la pérdida de memoria cuando los muchachos de la Schola le encontraron, había estado cerca de morir. Pero aún estaba vivo y tenía que entrar en contacto con sus compañeros legionarios.

Y también debía encontrar nuevos sujetos para los experimentos.

El gran trabajo de su maestro debía continuar.

Scaeva se ajustó los tanques a su espalda y respiró profundamente una atmósfera muy diferente a la existente en los niveles del sumidero. Era un aire con *carácter*, un aire que había atravesado la colmena multitud de ocasiones hasta adquirir una textura propia.

Había echado de menos aquellos sabores.

Solo el aire cargado de toxinas de Chemos, saturado del aroma de almas moribundas, poseía aquel mismo sabor.

Sí, decidió Scaeva, ese sí sabía como el de su hogar.

FIN

